

NUEVO ENFOQUE PEDAGÓGICO A PARTIR DE LA PLASTICIDAD Y DE LA NARRATIVIDAD

ANTONIO BERNAL GUERRERO y TERESA PAULA NICO REGO GONÇALVES

Universidad de Sevilla

Los nuevos conocimientos biológicos y sobre el desarrollo humano ofrecen al sujeto la capacidad de emprender su propia transformación, negando la concepción determinista de los factores genéticos y biológicos para afirmar que el cerebro, en cuanto órgano activo, capaz de alterarse internamente y permeable a la voluntad del sujeto, es una obra suya que se construye en situaciones determinadas y en relación con ellas. Esta plasticidad antropológica nos remite a la idea de un sujeto multidimensional capaz de conjugar todas esas dimensiones en la construcción de la narrativa identitaria, que se da en condiciones de riesgo, de incertidumbre y de racionalidad incompleta. Consecuentemente, proponemos un nuevo enfoque pedagógico, desde la asunción de una antropología pedagógica de la complejidad, que tratará de coadyuvar a la realización de las promesas de la plasticidad y de la narratividad, dando al sujeto recursos para emprender la autodeterminación posible.

Palabras clave: *Identidad, Identidad narrativa, Plasticidad antropológica, Antropología de la complejidad, Teoría de la educación.*

En un texto de 1957 Hannah Arendt manifestaba que nuestra esperanza radica en la innovación generacional, y afirmaba que «el mundo está irrevocablemente condenado a la acción destructiva del tiempo, a menos que los humanos estén determinados a intervenir, a cambiar, a crear el nuevo» (2000: 47). Como Arendt, consideramos que la educación se sitúa entre un esfuerzo de conservación del ya existente y la posibilidad de crear el nuevo. Las nuevas formulaciones de la identidad que nos ofrecen hoy día las neurociencias, la biología, la psicología y la filosofía aportan nuevos datos para la reflexión y abren nuevas posibilidades de pensar la educación y la construcción de la identidad.

Este trabajo es un análisis de los nuevos planteamientos sobre la identidad y acerca de la plasticidad del ser humano y sus contribuciones novedosas para la teoría de la educación. Intentaremos pensar qué posibilidades abren las nuevas formulaciones de la identidad a la tarea educativa y a los propios sujetos, qué nuevas formas de vivir y ser felices pueden aportar esos nuevos planteamientos, de qué forma pueden ayudar a construir un nuevo paradigma educativo.

Emprender esta tarea implica, por un lado, aceptar que la identidad ocupa un lugar central en la tarea educativa en la medida en que ésta

se ocupa de la formación de los sujetos en su totalidad, en sus distintas dimensiones —personal, social, cultural, ética, estética, política—; y, por otro, comprender en qué consiste la identidad y su compleja configuración. Por eso, empezamos por lo que podemos designar como la nueva idea del sujeto. Seguidamente analizaremos las implicaciones educativas de esta nueva concepción del sujeto, presentando algunas perspectivas que pueden permitir desarrollar las nuevas posibilidades ofrecidas por las diferentes aportaciones.

Nuevas formulaciones del sujeto y de la identidad

Entre la formulación moderna del sujeto como identidad sustancial, una y lineal, del sujeto racional, consciente, autónomo como actor del proyecto moderno (y crítico) de emancipación y liberación, y la perspectiva del sujeto fragmentado y fragmentario de la posmodernidad, según la cual «el sujeto se torna una dimensión del cuestionable y de una 'resignificación y cuestionamiento constantes' y no una fundación de la pesquisa tomada como incuestionable» (Popkewitz, 1994: 199), nos situamos en una perspectiva según la cual el replanteamiento de la idea del sujeto es una exigencia de nuestro tiempo que se manifiesta en diferentes dominios del panorama científico, político y social actual. La reivindicación de su individualidad por distintos grupos, del derecho a la diferencia y a la configuración de nuevas formas de vivir y convivir, las demandas de autodeterminación y las exigencias de reconocimiento por distintas colectividades son demostrativos de que la idea de sujeto vuelve a emerger con fuerza en nuestras sociedades (Sanfélix, 1997), reconfigurando, al mismo tiempo, junto con algunas investigaciones científicas y teorías filosóficas la idea misma del sujeto. En su conjunto estos fenómenos parecen indicar que, «más que instancia sustancial y dotada de una identidad sin quiebra, el sujeto es ámbito para la experimentación y la diferencia, desde las que

únicamente cabe construir de alguna manera la propia identidad; antes que fundamento absoluto de todo conocimiento y acción, la identidad más bien es punto de llegada» (Bernal, 2005: 103).

El sujeto a que nos referimos es simultáneamente un sujeto multidimensional y dotado de narratividad. En cuanto a su multidimensionalidad hablamos de un sujeto neuronal, caracterizado por su plasticidad, por su libertad, por su condición de creador de sí mismo, autor de su «yo». Creador y destructor de la forma. Sujeto social, actor que interactúa con los demás en una comunicación estructurada y estructurante. Sujeto natural y sujeto social, siendo que no son dos sino el mismo sujeto. Sujeto simultáneamente corporal y mental, racional y emocional. Sujeto o sujetos, en la medida en que cada «yo» consciente es irreplicable, un todo, un entramado de sensaciones, pensamientos, de experiencias y de acciones que existe en la complejidad de un cerebro pero que no se agota en él. Lugar de tensiones, de conflictos, de contradicciones a partir de las cuales se construye una identidad, que no es una sino múltiple, que no es estable sino dinámica, que se construye y reconstruye en los buenos y malos encuentros, que se cuenta y recuenta a sí mismo a través de su historia y que en ese sentido es dotado de una identidad narrativa. No se puede pensar la cultura ni los aspectos sociales que encuadran la existencia humana sin pensar un sujeto, de la misma forma que no se puede pensar el todo orgánico que representa el organismo y el cerebro humanos sin pensar un «yo», una conciencia que le esté subyacente. Ese sujeto se relaciona con los fenómenos culturales y sociales a partir de su organismo, de las posibilidades que su dimensión biológica le ofrece desde el inicio. El sujeto se representa una realidad y, a través de esa representación, se convierte en subjetividad, en individualidad, él mismo, una realidad libre, autónoma, única e irreplicable, una realidad compleja, ambigua y dinámica. Un sujeto de ambivalencias y paradojas que necesita ser pensado como tal.

En cuanto a la narratividad, podremos decir que ella nos sitúa entre el concepto moderno y el posmoderno de identidad, una vez que sintetiza en sí la idea moderna del sujeto como algo permanente e inalterado en el transcurso de la vida y la idea posmoderna que refleja un conjunto de sí mismos múltiples y cambiantes con las situaciones que va viviendo el individuo, introduciéndonos simultáneamente en la discontinuidad y en la permanencia que todos experimentamos. Este concepto nos introduce en la temporalidad que estructura la experiencia vital (Husserl, 2002) que nos relaciona con lo cambiante y el mantenimiento, la continuidad, en el espacio y el tiempo que da coherencia y sentido a nuestra conducta.

Hablamos, entonces, de un sujeto orgánico y temporal, el sujeto de la plasticidad y de la narratividad. Empezaremos por analizar el primero para después detenernos sobre el segundo aspecto, intentando tematizar los fenómenos de libertad o la apertura de posibilidades que supone nuestra reconceptualización.

De la biología a la libertad

El campo de las ciencias cognitivas ofrece hoy un panorama sobre la cognición y el desarrollo humano que pone en entredicho los modelos formales de la cognición, para, con la ayuda de las neurociencias cognitivas, centrarse en los modelos basados en el funcionamiento del cerebro y de los procesos físicos que determinan y posibilitan el desarrollo cognitivo de los sujetos. En este sentido las neurociencias cognitivas han sido de central importancia en el planteamiento de nuevas perspectivas sobre el sujeto y su desarrollo a partir del funcionamiento del cerebro como sede de la cognición y, en cuanto tal, de la identidad. Lejos de la idea del cerebro-máquina que ha caracterizado los modelos cognitivos anteriores —modelo simbólico y modelo conexionista— se consolida la idea del cerebro plástico fundada en la plasticidad neuronal que caracteriza el desarrollo del

ser humano. El cerebro es un órgano plástico que se construye y reconstruye a partir de las experiencias del individuo, del vivir del organismo, de su historia.

En el marco de la nueva preocupación con la dimensión física de los procesos cognitivos, la biología se torna relevante en términos de aprendizaje y de cognición, sea porque los mecanismos fisiológicos influyen en el aprendizaje y los procesos cognitivos, sea porque el sistema nervioso, tanto de los animales como del hombre, es producto de un proceso evolutivo que importa conocer para comprender mejor su funcionamiento actual (Leahey & Harris, 1998). Al mismo tiempo, la forma como el desarrollo del cerebro es afectado por el medio social y por las experiencias individuales torna patente que el hombre es no sólo producto, sino productor de su propio cerebro, lo que, además de que permite superar la separación mente-cuerpo, abre también un espacio de libertad donde se juega la construcción del yo, del sujeto (Malabou, 2004). Como afirma Pizarro (2003: 154):

«A diferencia de las computadoras, y de acuerdo con su naturaleza biológica, el cerebro se comporta como la materia viva que es: cambia su estructura y sus funciones según la edad, el aprendizaje, la patología, el uso. Y de acuerdo con el citado paradigma neurofisiológico, la plasticidad se refiere no sólo a los cambios celulares del órgano sino a la producción, modificación o recuperación de la conducta o cognición perdidas.»

La plasticidad cerebral designa la abertura continua de nuestro cerebro a las influencias del medio, durante toda la vida puede ser modificado por ellas, o se modifica a través de ellas o, más aún, a pesar de ellas. En neurociencias, la plasticidad es entendida como la propiedad que tienen las neuronas para reorganizar sus conexiones sinápticas en respuesta a un estímulo, sea interno o externo, y esa modificación puede ser duradera. El cerebro humano, por un lado, en cuanto a la estructura, está determinado

genéticamente, por otro, es modelado por la experiencia¹. La relación genética-medio es preponderante en el desarrollo del cerebro, y el papel de las experiencias proporcionadas por el medio en la construcción del cerebro es más determinante de lo que se creía hasta ahora. El medio social puede modificar físicamente el cerebro, y, más aún, puede hacerlo de una forma determinante. Podemos destacar dos consecuencias de esta constatación: por un lado, el desarrollo neuronal es fruto de la conjugación de factores genéticos y epigenéticos, lo que torna al sujeto simultáneamente, producto y productor de su cerebro; por otro lado, en esa construcción, el papel de la educación y del entrenamiento —lo que algunos autores designan como estimulación sináptica— es preponderante. El sistema nervioso es un sistema complejo, con diferentes componentes responsables de la memoria, el lenguaje, las emociones, la percepción, la fantasía, la creatividad, y tiene también una historia, un precurso de desarrollo en el cual se va construyendo un «yo», un sujeto, una consciencia y, en su conjunto, diferentes cerebros forman una sociedad.

En la nueva perspectiva sobre el cerebro éste aparece como sede material de la subjetivación, de la cual surge una consciencia que, sin embargo, lo trasciende: «[...] sin cerebro no hay consciencia, pero la consciencia no es el cerebro» (Pizarro, 2003: 55). La consciencia resulta del funcionamiento adecuado de todo el sistema nervioso central y también del cuerpo, pero no se reduce a ellos. La consciencia es siempre la consciencia de un sujeto, emerge de una experiencia mental subjetiva, de un sujeto autor de sí mismo, que se apropia intencionalmente del mundo real. No se pretende reducir el psiquismo humano a una conjugación de procesos mecánicos, bioeléctricos y bioquímicos y a relaciones socioculturales con el ambiente. Se trata de intentar comprender, a partir de la complejidad del funcionamiento cerebral y de su plasticidad, los factores que determinan el pensamiento, el aprendizaje y la evolución de los individuos, al mismo tiempo que posibilitan la

constitución, ejercicio y manifestación de su libertad e individualidad. La nueva idea del cerebro como sede de la cognición, de la consciencia y de la personalidad representa también la necesidad de una nueva perspectiva sobre los factores que influyen los procesos cognitivos y sus diferentes dimensiones. Pensar la relación cerebro-cuerpo, la relación entre pensamiento y emociones, el papel de la memoria y del lenguaje, implica pensar la cognición desde su multidimensionalidad. Además, implica pensar los mecanismos de construcción de la identidad, desde las opciones que hace cada sujeto en los diferentes momentos y situaciones de su vida.

Tanto el material genético como el cultural, junto con las decisiones personales de los individuos, se conjugan en la construcción de la identidad personal y en la misma modificación genética y cultural que el sujeto puede operar dentro de sus diferentes limitaciones. La condición humana es simultáneamente la de la multidimensionalidad y la de la posibilidad. Por eso lo que habitualmente designamos como «carácter» no es una propiedad estática del sujeto, es más bien un principio dinámico, germen de posibilidades. La elección y concretización de esas posibilidades implican el paso a la acción, convertir la potencia en realidad, lo contingente en factual. Ese paso marca la conversión del sujeto en autor de su propia biografía, en agente autónomo, constructor autónomo de su identidad, aunque sujeto a los condicionamientos de su propia existencia. En este sentido podríamos decir que la personalidad, en sentido holístico, es aquello que somos, pero también aquello que podemos ser, en cuanto la identidad personal es una parte de la personalidad: aquella parte que podemos escoger, elegir, que podemos decidir, con nuestras posibilidades y limitaciones individuales y situacionales, por nosotros mismos, lo que Marina (2004) designa como «personalidad» elegida. Este entendimiento de la personalidad en cuanto personalidad escogida implica la temporalidad en la medida en que supone una

relación con el pasado, una relación con lo factual, lo presente y una apertura a lo que quiero y puedo ser, implica el equilibrio o la ruptura entre el pasado y el futuro, entre lo que soy y en lo que me quiero transformar. El cerebro se torna destino, en el sentido en que cada persona elige sin que sea determinada por condicionamientos genéticos o biológicos. El hombre tiene la capacidad de cambiar el propio sustrato neuronal de su pensamiento. Las redes neuronales desarrollan determinadas y diferentes conexiones a partir de decisiones personales de cada sujeto. Aquí reside el espacio de la libertad humana.

Autodeterminación, plasticidad y narratividad

La plasticidad neuronal instaura un horizonte de libertad que, sin embargo, debe ser pensado en relación con las condiciones de existencia de los sujetos y ser encuadrado en el ámbito más vasto del devenir humano en sus distintas dimensiones —éticas, estéticas, sociales y políticas—, por lo tanto, más allá de la simple cognición. Como afirma Maturana (2003: 44):

«La genética [...] funda un espacio de posibilidades, pero ¿qué realiza? Depende de la historia del vivir del organismo. Por eso es que el vivir no está genéticamente determinado. La genética especifica un espacio de posibilidad gigantesco. Y es gigantesco si todos nosotros podemos ser bandidos, ángeles, santos, presidente de la república, ministros, médicos, profesores, según vaya nuestro deseo: como niños.»

La plasticidad es una calidad de los cerebros humanos que no es buena ni mala en sí misma, por eso, depende de la forma como sea utilizada y orientada. De ahí que es necesario encuadrar la plasticidad neuronal con la forma cómo los sujetos estructuran su vida, cómo interactúan socialmente y cómo piensan sobre su potencial y sobre los posibles mundos y formas de vivir, cómo organizan y concretizan sus posibilidades. La

necesidad misma de organización, estructuración de la vida humana, apunta hacia la necesidad que los individuos tienen de dotar de sentido a sus acciones, a su vivir, de encuadrarlas en una narrativa que les dé coherencia y significado, de configurar y relacionar las diferentes posibilidades apelando a diferentes situaciones y posibles formas de ser, o «selves posibles» (sí mismos posibles) (Markus y Ruvolo, 1989), que son diferentes narrativas de sus posibles formas de ser o llegar a ser, que permiten proyectar situaciones futuras, o configuraciones futuras de sí mismo, apelando tanto a factores cognitivos, como afectivos e interpretativos de las estructuras del «yo» (Bruner, 1991).

No es una mera posibilidad genética, ni simplemente tiene que ver apenas con la dimensión neuronal, la plasticidad es la condición misma de la posibilidad de la narratividad de la existencia humana, una vez que permite configurar la existencia de fenómenos de libertad posible en el sujeto (Fierro, 2002). No es mero reflejo de determinismos biológicos o sociales, temperamentales o situacionales, sino que responde a una elaboración propia, que refleja la existencia viva de un espacio de construcción autónoma, donde el sujeto se cuenta y recuenta a sí mismo a través de su historia y de la proyección de su porvenir, en una mezcla de realidad y deseo, de actualidad y de posibilidad, de presente y de futuro. La estrecha conexión entre plasticidad y narratividad en la construcción de la identidad personal, entendida como personalidad escogida, puede ser definida a partir de la distinción que hace Malabou (2004) entre plasticidad y flexibilidad². La personalidad escogida, la que podemos elegir, dentro de los límites de la acción humana, enfatiza la apertura de posibilidades del sujeto y es escogida en tanto que posibilita la elección de unos valores u otros, de unos ideales u otros, de unas conductas u otras, esa personalidad dinámica y fluida que nos va definiendo paulatinamente a través de nuestras acciones, pensamientos y sentimientos. El valor de la identidad es directamente proporcional a la calidad de los recursos disponibles que posea

el sujeto, es decir, de la calidad de aquellos criterios humanizadores con los que el sujeto elabora sus procesos identitarios. La identidad consiste en una construcción narrativa personal en que vamos construyendo nuestro propio mundo y, con ello, reconfigurando nuestra propia vida, es, además, a la vez, contingente y precaria, se sitúa entre lo ideal y lo real, entre lo que no hemos llegado a ser y lo que somos.

La plasticidad ofrece una dimensión de abertura, un abanico de posibilidades que permite pensar el sujeto en múltiples ámbitos y niveles, en la complejidad, indeterminación e incertidumbre en la que se da la construcción del sujeto y a partir de las cuales es necesario reconceptualizarlo. «La plasticidad, lejos de producir el reflejo del mundo, es la forma de otro mundo posible» (Malabou, 2004: 161). Además, ella ofrece la posibilidad de superar la separación que ha caracterizado la cultura occidental entre sujeto epistémico y sujeto empírico (Nunes, 2002), que se refleja en el campo cultural y educativo, por ejemplo, en la separación entre humanidades y ciencias, entre ciencias naturales y ciencias humanas (Morin, 2001). Pensar el sujeto en su multidimensionalidad, en su problematicidad en lo que respecta a la construcción de su subjetividad y a su interacción con los demás, con la cultura y con la sociedad es un imperativo cultural, social y, por supuesto, educativo. Este sujeto, como afirma Nunes (2002: 84) no es «ni el sujeto universal, ni el sujeto singular», ni el sujeto individual, ni el sujeto colectivo, sino el situado entre ellos. La categoría de «sujeto» es lo que da unidad a una pluralidad de personajes, de caracteres, de potencialidades, de dimensiones. Toda identidad es problemática, contradictoria, conflictiva. El sujeto es el resultado de la *resiliencia*³, nace de una contradicción originaria, dialéctica, resulta del conflicto entre el neuronal y el mental. La formación mental nace del encuentro contradictorio entre naturaleza e historia, entre la formación histórico-cultural de sí y la economía natural y primera de esa contradicción. Como afirma Malabou (2004: 156), «la formación de toda identidad es

una manera de *resiliencia*, es decir, de construcción contradictoria, síntesis de memoria y olvido, de constitución y de apagamiento de formas». La *resiliencia* es la capacidad de recuperación frente a la adversidad. Es una capacidad esencialmente humana y universal que envuelve el ser humano en su totalidad y que pone el acento en la capacidad que tiene el sujeto para afrontar las diferentes situaciones de la vida y que es determinante en la constitución de sí. Es una cualidad activa y creadora del sujeto que progresivamente le ayuda a transformar la naturaleza en libertad, un proceso psíquico de construcción o reconstrucción y reconfiguración de sí que se desarrolla simultáneamente contra la amenaza de destrucción y con ella. Es, en suma, su capacidad narrativa, de significarse y resignificarse como sujeto. La cuestión del sujeto se refiere a una realidad compleja, remite, desde luego, a un «yo» subjetivo y a un «yo» en cuanto sujeto objetivado, se refiere simultáneamente a sí mismo y al mundo exterior. Identificar o identificarse como sujeto implica previamente pensar cómo el sujeto se hace singularidad personal a partir de una existencia corporal y según las reglas y leyes de una cultura, en una construcción histórica que constituye el proceso de subjetivación.

Teniendo presente que la sociedad de la información ofrece al sujeto nuevas formas de relacionarse con los demás, nuevos medios de comunicar y, por lo tanto, nuevos instrumentos de construcción de su identidad, hay que pensar de qué forma el sujeto utiliza esas nuevas posibilidades en la construcción de las narrativas identitarias, cómo pueden esas posibilidades ser utilizadas para aumentar su capacidad de *resiliencia*, para construir nuevos significados y rehacer la identidad personal. El sujeto se puede inventar nuevas y diversas formas de decir-se y de presentar-se a los demás, nuevas formas de hablar de sí mismo y de mostrar-se a los demás, puede crear nuevas y distintas narrativas de sí mismo, puede afrontar las situaciones de formas diversas a las que existían hasta ahora, con lo que todo este panorama puede tener de positivo

y negativo. Porque, si es verdad que nos encontramos con más posibilidades que nunca para construir la propia identidad, aumentadas gracias a los nuevos entornos de aprendizaje que surgen con la introducción de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación (TIC's), al mismo tiempo, jamás ha habido tanta exigencia al sujeto. Esta posibilidad actual, ese margen de acción, la mayor libertad de la que hoy se dispone, puede provocar miedo, paralización en el proceso de creación que exige la dinámica identitaria de la vida, y, como reacción contraria, el sujeto puede tratar de aferrarse a aquellas identidades «seguras», monolíticas, políticas, religiosas, culturales, que se le ofrecen en el mundo próximo o distante, ya que la eclosión de ansiedades y temores tiene lugar dentro del imaginario social. Recientemente, Savater (2004) ha denunciado el peligro del deseo de renunciar a la libertad, de buscar a quien nos descargue de esa pesada carga. Paradójicamente, dado el incremento de posibilidad de acción humana, la sociedad contemporánea dificulta seriamente la búsqueda de la identidad, una búsqueda que cada vez se siente con más apremio. En todo caso, un proceso que ya no estará exento de incertidumbre, puesto que no hay recetas infalibles para la libertad.

El uso de las nuevas tecnologías en el ámbito educativo está estrechamente relacionado con los procesos configuradores de la identidad personal. Ahora bien, este uso implica una perspectiva pedagógica nueva, alejada de todo enfoque instructivista que aún hoy parece predominar en la utilización formativa de las TIC's. Las propuestas educacionales, en este sentido, tendrán que enfatizar la simulación, la creación y la interacción. Se trata de potenciar los procesos de aprendizaje, de producción y de expresión. Los niños y jóvenes tendrán que formarse para desplegar su actividad en marcos tecnológicos de alta fluidez, pero sobre todo para crearse un criterio propio que les permita buscar, analizar, contrastar, comparar, ordenar y criticar la ingente cantidad de información que aumenta y se difunde incesantemente.

En este sentido, cuando hablamos de la construcción narrativa de la identidad debemos tener en cuenta la modificación del patrón pedagógico del educando en relación con la sociedad de la información, sus nuevas posibilidades y recursos identitarios.

Posibilidades educacionales de las nuevas formulaciones de la identidad

El sujeto de la plasticidad, no siendo una esencia ni una sustancia, tampoco es una ilusión: es un sujeto multidimensional, es el resultado de la *resiliencia*, es una realidad compleja que incluye un sujeto natural, un sujeto de representación y un sujeto corporeizado. Incluye procesos mentales (sensaciones, percepciones, recuerdos, creencias, inferencias, voliciones y sentimientos), los suyos y los de los demás con que se relaciona, es, en fin, un sujeto comunicacional. Esa dimensión es condición de posibilidad de su propia individualidad, de la construcción de su subjetividad. Todas esas dimensiones se conjugan en la construcción de la narrativa identitaria a partir de la cual el sujeto toma sus decisiones y va realizando diferentes posibilidades. Esas decisiones se toman en condiciones de riesgo, de incertidumbre, y sin información suficiente sobre la verdadera magnitud del riesgo, en condiciones de racionalidad incompleta, de ahí que los recuerdos, las creencias, las emociones, los sentimientos y las sensaciones asuman un papel central en la toma de decisiones, son las condiciones mismas de posibilidad de esas decisiones. La identidad se construye en este proceso que procura un equilibrio entre emociones y pensamiento en un avance progresivo hacia la integración de todas las estructuras cognitivas, afectivas, volitivas, en la persecución de la unificación del «yo». Los estudios de Damasio han demostrado que cuando se toma una decisión, no bastan solamente la razón y los conocimientos, son también necesarias las emociones para guiar las opciones que se hacen. La importancia de las emociones en la

construcción de la conciencia del sujeto ha sido brillantemente reivindicada por Damasio (2001), que ha sugerido que los sentimientos han coadyuvado a la construcción de la ética, a lo largo de un proceso evolutivo en el que se interrelaciona lo biológico con lo social (Damasio, 2005). Los sentimientos llevan a la exploración consciente de los desafíos que se presentan en un momento dado y son útiles en la medida en que permiten trascender los comportamientos innatos, biológicamente programados, en la elaboración de soluciones que ellos no contemplan. Es en este campo donde emerge la conciencia, identificada por un «yo» que, según la hipótesis de Damasio, puede haber emergido de los sistemas inconscientes que regulan las emociones, en el momento en el que el reconocimiento de la relación entre un organismo y un objeto externo ha atingido el nivel de un sentimiento de lo que está por ocurrir en un determinado momento. Las emociones, como el cerebro, tienen una historia y es en el cuadro de esa historia en el que el individuo construye su «yo» y hace sus opciones⁴. El universo emocional del sujeto viene a ser fundamento para la construcción de su identidad. El acceso a la autoconciencia, propiciado por el creciente potencial comunicativo que acompaña el desarrollo evolutivo, junto al carácter regulador de las vivencias que posee la temporalidad, acaba convirtiendo la mera existencia en existencia personal. Así, la mente humana se interpreta en clave de autoconciencia narrativa, una mente «narrativa» vinculada estrechamente a la posibilidad interpretativa de la realidad, condicionada por nuestra afectividad. Ese sistema constructor de sentido de la experiencia que es la mente «narrativa» no se puede comprender si prescindimos de nuestras emociones, de las complejas tramas afectivas condicionantes de aquellos procesos que configuran nuestra identidad.

Aunque pleno de incertidumbre, el porvenir es susceptible de conocimiento previo bajo el enfoque de las metas, de los proyectos personales. Realmente los planes personales aspiran

a ser una historia anticipada de futuro. La educación tiene un papel crucial en la construcción de esa historia en la medida en que ella puede proporcionar al sujeto recursos para construir su narrativa identitaria, aumentando la carga de inteligencia de sus decisiones, y alargando el arco de posibilidades de realización humana. El papel de la educación es ayudar al sujeto en su propia transformación, es decir, contribuir a la realización de las promesas de la plasticidad y de la narratividad, dando al sujeto instrumentos para emprender la autodeterminación posible (Bernal, 2005). Una educación centrada en la plasticidad y en la narratividad debe ser una educación inscrita en la propia vida, en la dinámica misma de la liberación del sujeto de la plasticidad y de la construcción de la identidad narrativa, centrada en la felicidad, entendida a la vez como realización y ampliación de nuestras posibilidades, enriqueciendo la invención de sí mismo que es la identidad personal.

Antropología pedagógica de la complejidad

Reconocer la complejidad del sujeto y de los procesos de construcción de la identidad implica reconocer a la vez, la riqueza y posibilidades de la existencia humana, su apertura a lo nuevo y su constante capacidad de modificación y reconfiguración, pero también las dificultades y limitaciones que tiene esa misma existencia. En términos pedagógicos, esa complejidad exige la organización de proyectos educativos que no sólo permitan, sino que también promuevan la problematización de los procesos de construcción de la identidad y de los aparatos identitarios que la sociedad pone a disposición de los individuos en los diferentes contextos históricos y sociales, reconociendo dificultades y limitaciones, en suma, que sean un reflejo de la misma complejidad humana.

También desde esta perspectiva antropológica se postula la organización de proyectos educativos personales, que permitan tomar en consideración

la diversidad y complejidad de los sujetos, de sus experiencias y condiciones vitales y contextuales. Por eso, estos proyectos deben ser necesariamente diferenciales, para propiciar la búsqueda y la construcción de la identidad, promoviendo los resortes pedagógicos necesarios, tomando en consideración la trascendencia de las variables cognitivas, afectivas, emocionales y sociales que configuran la identidad. Se hace preciso elaborar estrategias pedagógicas que contemplen y refuercen los procesos de personalización, insistiendo en la diversidad de las propuestas y en la enfatización de las variables afectivas y emocionales.

Nuevo enfoque pedagógico. A modo de conclusión

Reconocer el carácter narrativo de la identidad y la importancia de los procesos de construcción autónoma de sí mismo del sujeto y la relevancia de la educación para el desarrollo de estos procesos, implica pensar cómo puede la tarea educativa ayudar a dotar al sujeto de mecanismos de autoconocimiento y de autoestima, de realización personal y de busca de la felicidad. Además, pensar esta tarea implica pensar la educación más allá de la mera performatividad y de una determinada idea de eficacia que parece haber contaminado tanto el discurso pedagógico como algunos discursos políticos e incluso científicos. Estos discursos integran al sujeto en una lógica conservativa, de imitación y de obediencia, apelando a la reproducción y destruyendo la curiosidad, la creatividad, fomentando la flexibilidad y utilidad pero no la autodeterminación creadora. Ante las nuevas conceptualizaciones que hemos analizado, nos proponemos en este momento presentar algunas pistas educativas desde esta nueva concepción del sujeto y de la construcción de la identidad. Estas pistas pretenden dar cuenta tanto de la multidimensionalidad del sujeto y de los factores que determinan la construcción de las identidades como de la complejidad de la tarea educativa.

Relacionar narrativa identitaria con narrativa cultural

Reconocida la importancia de la cultura, de sus símbolos, textos y narraciones para la formación de la identidad y asumiendo que la narratividad cumple un papel esencial en la configuración de la identidad personal y en la constitución de la historia colectiva, se torna necesario inscribir los procesos educativos y los instrumentos de construcción de la identidad en el campo más vasto de la cultura. Si la misma educación es un elemento cultural, simultáneamente, producto y productor de cultura, una de sus funciones debe ser la de inscribir al individuo, las obras, los hechos en el precurso de una gran narrativa cultural. Tanto la narrativa cultural como la narrativa personal son casos de la construcción de la identidad, sea personal o colectiva, por eso se debe estimular su relación, promoviendo la vinculación de los sujetos a la cultura y a la historia cultural que encuadra las narrativas personales. En este sentido, se trata no sólo de reconocer su historicidad, sino también de enaltecer la dimensión estética de la educación (Coelho, 2001).

Se trata de educar para el devenir, para el futuro posible, desde el respeto por el individuo y por su efectiva libertad. Tanto la historia como la estética son instrumentos de interpretación de lo real, del pasado, del presente y del futuro, de lo que fue y de lo que será. A través de esos instrumentos, el sujeto puede formar su individualidad, construir su propia narrativa identitaria a través de una interpretación de lo que lo precede y una anticipación de lo que vendrá. En este sentido, se trata tanto de promover una inteligencia compartida como de valorar la dimensión estética del conocimiento. Además, se trata de dar al sujeto la posibilidad de recrear o confrontar las narrativas culturales, de alcanzar, a través de ellas, la autodeterminación posible y realizar-se en cuanto ciudadano partícipe de una sociedad democrática, a través de un ejercicio crítico de la ciudadanía.

Una pedagogía de la resiliencia

Adaptando las palabras de Larrosa (1999) relacionadas con la conexión entre literatura y filosofía al campo de la educación, se trata de cuestionar lo obvio y ampliar lo posible, en el sentido de cumplir las promesas de la plasticidad y de la narratividad. Ir más allá de lo ya dicho, ya pensado, ampliar las posibilidades del pensar y del decir y, luego, del ser. Ampliar las posibilidades narrativas de los sujetos y las capacidades plásticas de los cerebros. Transformar lo obvio y ampliar lo posible en el sentido de vivir de otra manera, pensar de otra manera y ser de otra manera. En este sentido, hay que pensar en qué medida los recursos pedagógicos abren posibilidades o apenas permiten lo ya previsto, ya pensado, ya leído, ya dicho. ¿En qué medida abren espacio a lo nuevo, a nuevas narrativas, nuevas identidades, nuevas configuraciones del «yo»? ¿En qué medida abren mundos, realizan las promesas de la plasticidad y respetan la narratividad de la naturaleza humana, promoviendo la *resiliencia*?

Más allá de los prejuicios, de las ideas establecidas, se trata de formar sujetos críticos y reflexivos, capaces de pensar y actuar, de retirar de la realidad existentes elementos para construir lo nuevo y buscar nuevas formas de vivir y ser felices, de buscar otras narrativas, de promover la creatividad, la invención, la crítica, el emprendizaje en el sentido de tomar la iniciativa, de desarrollar la autonomía. En este sentido, esta propuesta se encuadra en la dimensión ética de la existencia humana y se preocupa por la incorporación de los cambios y los recursos de la sociedad contemporánea como recursos que permiten ampliar y configurar nuevas posibilidades identitarias para el sujeto. Se trata de posibilitar y fomentar la construcción de significados y de rehacer la identidad personal, de formar sujetos resilientes.

Una nueva orientación ética

Los seres humanos, como todos los seres vivos, dependen en gran medida de su entorno. Este entorno no es un mundo objetivo, un mundo

que está ahí fuera, sino que es el mundo que construimos entre todos. Hoy hay una gran desconfianza hacia todas las ideologías, sean del signo que sean, y sus correspondientes corolarios morales. Nuestra larga historia da testimonio de una ingente cantidad de atrocidades perpetradas en nombre de la «verdad», de las «verdades» de las distintas ideologías. Apelar a la objetividad es tanto como aceptar la ilusión de que el sujeto pueda percibir sin participar, por eso se ha dicho que la objetividad es imposible (Maturana y Varela, 1990), y bajo el manto de la «objetividad» se diluye la responsabilidad individual. Quizá nunca como ahora había sido tan palmaria la necesidad de una orientación ética en el ser humano, que acentúe el control interno en los individuos, que enfatice aquellos criterios y actitudes fundamentales que rigen en la acción, más allá de la orientación moral, sintetizada en un compendio de reglas y normas, de prescripciones y exhortaciones que, impuestas externamente a los sujetos, sentencian sobre lo «bueno» y lo «malo», acerca de lo «verdadero» y lo «falso». Como ha puesto de manifiesto Heinz von Foerster (1996), tal orientación ética corresponde a una «cibernética de segundo orden», en la que el observador se considera parte de lo observado y se observa a sí mismo como uno de los agentes que se desenvuelven en el campo de sus relaciones interpersonales, con lo cual, consecuentemente, únicamente puede formular cómo debe pensar y actuar él mismo. Contrariamente, la moral pertenece a una «cibernética de primer orden», esto es, presupone un observador que considera algo objetivo desde fuera, observa la realidad, el mundo, y, desde su supuesta independencia, dice a los otros cómo han de pensar y actuar. La orientación ética a la que nos referimos implica asumir incertidumbre ilimitadamente, así como renunciar al supuesto de que existen conocimientos objetivos que pueden orientar inequívocamente la acción, situándose en un metanivel de las reglas y de las normas, en el nivel de la ética propiamente dicha, como patrón de control interno de la acción por parte del sujeto⁵.

Celebrar la diversidad

La diversidad es una condición básica para la vida. En las diferencias entre las personas se encuentra la riqueza de la condición humana. Fundamento de tal condición es el reconocimiento del derecho a tener el propio criterio. Las distinciones entre las convicciones que presentan los seres humanos emanan de las condiciones mismas de su naturaleza. La diversidad no es un mero «accidente», está en la raíz de nuestra condición. No se trata simplemente de tolerar la diversidad, la educación actual debe abrazar la diversidad con el entusiasmo del reconocimiento de los elementos básicos de nuestra propia condición. Hemos de desear la diversidad, celebrar la diversidad, si queremos actuar para aumentar nuestras posibilidades y no para reducirlas. El nuevo discurso pedagógico (Fernández Enguita, 2001) asume el principio de incertidumbre. Bien entendido, construir la identidad en la sociedad de la información supone alejarse de los ideales dominantes en cada contexto, formando la competencia humana en torno a la capacidad de análisis. Cada vez más, la sociedad requiere, para solucionar sus múltiples y complejos problemas, más allá de la búsqueda del mayor consenso posible entre los variados puntos de vista, el desarrollo de personalidades críticas, dispuestas a la discusión, al diálogo, como vía permanentemente renovada para tratar de dar respuestas a los interminables problemas que existen en nuestro mundo. Un mundo que es interminablemente multicolor, multilingüe, multicultural. Toda educación que no supere los viejos discursos monolingües y monoculturales está condenada al más estrepitoso de los fracasos (Esteve, 2003). Los problemas de convivencia que se suscitan sin pausa por todo el orbe precisarán fórmulas educacionales capaces de propiciar el auténtico encuentro entre las culturas, entre las distintas perspectivas colectivas e individuales, pero no sólo desde el respeto a la diversidad, sino desde su celebración.

Notas

¹ De acuerdo con Pizarro (2003), las influencias del medio modelan el cerebro alterando la intensidad de las conexiones sinápticas de distintas formas: a) pueden reforzar, debilitar o eliminar (podar) las sinapsis formadas por una información codificada genéticamente en el principio; b) pueden formarse nuevas sinapsis como respuesta a la experiencia; c) pueden producirse aumentos temporales de conexiones entre las neuronas, en el caso de la memoria a corto plazo o de trabajo; d) las sustancias tóxicas y las experiencias que han causado estrés o distracción mental, pueden llevar a la eliminación de las sinapsis.

² La primera constituye una instancia creadora y libertadora del sujeto, de su pensar y obrar, de su proceso de construcción autónoma de sí mismo; y la segunda, se constituye como elemento de dominación, de pasividad y docilidad que apela a la sumisión y constante adaptación a un orden económico, social y político establecido, que puede convertirse en darwinismo mental y psicológico con vista a una cierta idea de eficacia. Confundir plasticidad con flexibilidad puede, entonces, constituir una perversión de la idea misma de plasticidad, imposibilitando toda la construcción narrativa de la identidad y anulando las posibilidades emancipadoras que ésta representa desde el inicio para el sujeto.

³ La *resiliencia* es la capacidad que tiene el cerebro de sobrepasar obstáculos, de superar traumas, de sobrevivir y reconstruirse en la adversidad (Cyrulnik, 2005; Manciaux, 2003).

⁴ Damasio distingue entre emociones y sentimientos. Las emociones son acciones —internas o externas— que pueden ser medidas y estudiadas, son, en las palabras del autor, «públicas». A su vez, los sentimientos son privados, subjetivos, son experimentados solamente por el propio individuo, no son comportamientos, son pensamientos. El sentimiento es una consecuencia de la emoción, emerge de nuestro cerebro cuando nos tornamos conscientes de nuestras reacciones emocionales ante determinadas situaciones. Las emociones pueden ser observables públicamente, pero los sentimientos se mantienen como la experiencia mental privada de la emoción.

⁵ La acción ética, en cualquier caso, precisa algún tipo de fundamentación. Esta orientación puede inferirse del estudio de las condiciones mismas de nuestra existencia, como apunta Rotthaus (2004). Por supuesto las teorizaciones sobre el problema admiten diferentes propuestas, pero todas participarán de la idea de que el desarrollo de capacidades sociales diferenciadas ha constituido el paso determinante en nuestra evolución como seres humanos. Sin interacciones sociales, no podemos concebirnos como individuos, como sujetos únicos.

Referencias bibliográficas

- ARENDE, H. (2000) A crise na educação, en O. POMBO (org.) *Quatro textos excêntricos – filosofia da educação*. Lisboa: Relógio d'Água, 21-52.
- BERNAL, A. (2005) Reconceptualización de la identidad personal y educación para la autodeterminación posible, *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, vol. 17, 97-128.
- BRUNER, J. (1991) *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- CLAXTON, G. (2001) *Aprender. El reto del aprendizaje continuo*. Barcelona: Paidós.
- COELHO, E. P. (2001) Nos bancos da escola, *J-A Jornal Arquitectos*. Lisboa: Ordem dos Arquitectos, 5-8.
- CYRULNIK, B. (2005) *El amor que nos cura*. Barcelona: Gedisa.
- DAMASIO, A. (2001) *La sensación de lo que ocurre. Cuerpo y emoción en la construcción de la conciencia*. Madrid: Debate.
- DAMASIO, A. (2005) *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Barcelona: Crítica.
- ESTEVE, J. M. (2003) *La tercera revolución educativa. La educación en la sociedad del conocimiento*. Barcelona: Paidós.
- FERNÁNDEZ ENGUITA, M. (2001) *Educación en tiempos inciertos*. Madrid: Morata.
- FIERRO, A. (2002) *Personalidad, Persona, Acción. Un Tratado de Psicología*. Madrid: Alianza.
- FOERSTER, H. von (1996) *Las semillas de la cibernética. Obras escogidas*. Barcelona: Gedisa.
- HUSSERL, E. (2002) *Lecciones de Fenomenología de la Conciencia Interna del Tiempo*. Madrid: Trotta.
- LARROSA, J. (1999) Dar a ler, dar a pensar... quem sabe. Entre literatura e filosofia, en KOHEN & LEAL, *Filosofia para crianças em debate*. Rio de Janeiro: Vozes, 119-129.
- LEAHEY, TH. y HARRIS, R. (1998) *Aprendizaje y Cognición*. Madrid: Prentice Hall.
- MALABOU, C. (2004) *Que Faire de Notre Cerveau?* Paris: Bayard.
- MANCIAUX, M. (comp.) (2003) *La resiliencia: resistir y rehacerse*. Barcelona: Gedisa.
- MARINA, J.A. (2004) *Aprender a vivir*. Barcelona: Ariel.
- MARKUS, H. y RUVOLLO, A. (1989) Possible selves: Personalized representation of goals, en L. A. PERVIN (ed.) *Goal concepts in personality and social psychology*. Hillsdale, NJ: Erlbaum, 211-241.
- MATURANA, H. y VARELA, F. (1990) *El árbol del conocimiento*. Madrid: Debate.
- MATURANA, H., LÓPEZ, M., PÉREZ, A. y SANTOS, M. (2003) *Conversando con Maturana de Educación*. Málaga: Ediciones Aljibe.
- MORIN, E. (2001) *La mente bien ordenada*. Barcelona: Seix Barral.
- NUNES, R. (2002) E a escola?, *Educação, Sociedade e Culturas*, 18, 67-86.
- PIZARRO DE ZULLIGER, B. (2003) *Neurociencia y Educación*. Madrid: La Muralla.
- POPKWITZ, TH. (1994) História do currículo, regulação social e poder, en T. T. SILVA (org.) *O Sujeito da Educação*. Petrópolis: Vozes, 195-210.
- ROTHAUS, W. (2004) *¿Para qué educar? Esbozo de una educación sistémica en un mundo cambiado*. Barcelona: Herder.
- SANFÉLIX, V. (1997) *Las Identidades del Sujeto*. Valencia: Pre-Textos.
- SAVATER, F. (2004) *La libertad como destino*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.

Abstract

The new biological and human development knowledge offer the person the opportunity to tackle his own transformation, by denying the deterministic conception of the genetic and biological factors, and by affirming that the brain, as an active organ, able to being altered internally and being permeable to the will of the subject, is modified by certain situations and in relation with them. This anthropologic plasticity conveys the idea of a subject capable of bringing together his/her multiple dimensions in the construction of the narrative identity, which is given in conditions of risk, of uncertainty and of incomplete rationality. As a result, we propose a new pedagogical approach, from the assumption of a pedagogical anthropology. of the complexity, which will try to contribute to the accomplishment of the promises of plasticity and of the narrative approach, giving the person resources to tackle the possible self-determination.

Key words: *Identity, narrative identity, anthropological plasticity, anthropology of complexity, theory of education.*